



Me suicido
porque es domingo:
Perros noctívagos
de Luis Moncada Ivar

Sergio Monsalvo C.

Vista de la Ciudad de México en la década de 1960. (Fotografía:
Keystone-France / Gamma-Keystone via Getty Images)

LUIS MONCADA IVAR nació el 27 de julio de 1925, en la Ciudad de México, como el primogénito de una familia de ocho hermanos. Una familia pobre y con carencias de todo tipo. A la edad de 14 años queda huérfano de madre y a partir de ahí incrementa su actitud protectora hacia sus hermanos menores. Asimismo, las relaciones con su padre se vuelven conflictivas, para luego romperse en forma definitiva. Estudia la preparatoria y luego ingresa a la Universidad Nacional como estudiante de Medicina y a la postre de Derecho, sin rebasar el primer curso.

Desde los 15 años, para ayudarse en los estudios, entró a trabajar como oficinista al Banco de México. Éste fue su primer y único trabajo estable. En sus ratos libres leía a Kafka, Dostoievsky, Gorki, Pushkin, Chéjov, Hermann Hesse, Rilke, Flaubert, Faulkner, y a los mexicanos Juan Rulfo y José Revueltas, y se inicia en la escritura motivado por sus lecturas.

A los 19 años se le presenta la oportunidad de viajar a Guatemala, sin otra intención que la de conocer. Al poco tiempo se entera del Movimiento Sandinista, surgido en Nicaragua, y decide entrar en él. Se desplaza al país centroamericano con este fin, en 1944, y se une a sus fuerzas. Seis meses después retorna a Guatemala y de ahí a México. Ante la falta de perspectivas, opta por ir a Tijuana en busca de trabajo. Ahí encuentra acomodo con unos familiares y permanece en la ciudad fronteriza por espacio de dos años.

En 1948 llega de nueva cuenta a la capital y entra a trabajar como secretario del gerente de publicidad del periódico *Novedades*, puesto en el que se conserva, pese a todo, un par de años. Por azares de la vida consigue un lugar en un barco de Pemex que parte hacia Europa a mediados de 1951. Deambula por el continente, pero pasa la mayor parte de su estancia en París. Viviendo de cualquier manera y con trabajos eventuales, se relaciona con escritores, pintores y músicos del Barrio Latino. Un año después, conoce en aquel lugar a la francesa Josely Arisi, con la cual se casa y tiene un hijo, al que no conocerá sino años más tarde, puesto que en 1953 regresa solo a México tras romper con ella. En México se queda por breve tiempo antes de partir para Nueva York.

En la metrópoli por excelencia desempeña trabajos como lavaplatos, ayudante de mecánico de imprenta y otros que le permiten sobrevivir. Conoce en sus constantes andanzas a Esther, una mujer de ascendencia ítalo puertorriqueña con quien contraerá segundas nupcias. En la “Gran Manzana” radica durante dos años y fracción. Se divorcia y vuelve a México a mediados de 1956. Dentro del territorio mexicano no permanece quieto y son frecuentes sus viajes a distintos lugares.

A partir de 1958 se asienta definitivamente en la Ciudad de México. Realiza actividades periodísticas para algunas publicaciones como *Siempre!* y *Revista de*

revistas. En 1966 se casa por tercera ocasión, esta vez con Carlota, una joven mexicana catalana de la que se divorcia cuatro meses después. Vive por entonces en la flamante unidad Nonoalco Tlatelolco. En el medio periodístico goza de buena reputación y mantiene amistad estrecha con gente del medio y algunos escritores como Lizandro Chávez Alfaro, Luis Monter, Manuel Mejido, Rubén Alcalá Negrete, Paco Ignacio Taibo, Víctor Rico Galán, Horacio Espinosa Altamirano, Raúl Renán y Emmanuel Carballo, entre otros.

El lunes 5 de marzo de 1967, Rubén Alcalá Negrete llamó repetidamente a la puerta del departamento 302 del edificio Nayarit donde vivía Moncada Ivar. Al asomarse por una ventana vio que éste se encontraba sobre un diván, en tal posición que desde luego supuso que algo andaba mal. Acudió entonces a la Tercera Delegación de Policía y así se lo hizo saber a las autoridades correspondientes. El día siete, miércoles, en la prensa aparecieron notas como la siguiente:

[Luego de la denuncia] ...el agente del Ministerio Público y dos agentes de la Policía Judicial se presentaron en el departamento, encontrando el cadáver del escritor y periodista Luis Moncada Ivar sobre un diván, cerca de un escritorio, sobre el cual hay una máquina de escribir. En la mano derecha del occiso se encontró una pistola tipo revólver calibre .22, con un cartucho quemado y dos útiles.

Sobre el escritorio había dos hojas escritas de puño y letra de Moncada Ivar, que dicen: “Querido ingeniero [se refiere a su hermano Carlos Moncada Ivar]: el departamento es tuyo, por supuesto. Desearía que Natacha tomara lo que le guste y que sea huésped vitalicio. Un abrazo para ti y besos para los Ruiz. Este dinero [doscientos pesos que estaban junto a la carta] es para mi admirable hermana María Luisa. Uno de estos días te dejaré el diseño para sus ventanas. Me suicido porque es domingo, porque ayer asistí a mi velorio, porque hoy estoy ocioso y de excelente humor. Pero si hubiera

que cargarle el muerto a alguien sería a Henrique González Casanova. Dejo la pistola a Sergio Lugo —no vale la pena empeñarla, maestro, es un arma barata—. Mi cuerpo a la Escuela de Medicina, y si hubiera sido posible, mis ojos a Ray Charles”.

Estas fueron las últimas palabras que escribiera el cuentista mexicano poco antes de dispararse un tiro en la cabeza. Alcalá Negrete declaró que hacía ocho años que era amigo de Luis, y que por cosas del trabajo lo visitaba con alguna frecuencia. Dijo que Moncada Ivar era muy estimado por los amigos y que no sabía que tuviera problemas económicos o de otra índole. También sabía que hace tres meses se divorció de su esposa, de la que solamente sabe que se llama Carlota, pero que el divorcio no lo afectó para nada. En la segunda edición de *Ovaciones* se explayaron un poco más:

Luis Moncada Ivar, autor del libro *Perros noctívagos*, sumaba 41 años de edad. Las diferencias con Henrique González Casanova habían surgido cuando éste fue jurado del certamen convocado por la revista *Casa de las Américas* de Cuba. En el mencionado evento, el voto del citado individuo fue determinante para que Moncada Ivar con este libro no obtuviese el primer lugar, lo cual, amén de una cierta amargura que matizaba con espléndida ironía, lo afectó en su carrera de escritor y literato. El texto que reproducimos anteriormente es el recado que se dignó escribir. Decimos se dignó, porque Moncada Ivar había acumulado un desencanto mayúsculo debido, en gran medida, a la indiferencia y a la manera en que su país lo había tratado. En el citado libro de cuentos, Luis Moncada Ivar incluyó un relato titulado “San Suicidio Mártir”. Ahora, al llevar a efecto esta determinación, el escritor ha cerrado el círculo, sellando así la unidad entre la angustia y el desprecio de vivir —manifestado en sus escritos— y la acción. Tenga reposo el escritor que era presa de una inquietud y una sed de vivir inigualable.

Moncada Ivar escribió desde la adolescencia en diversos géneros cuyos ejemplos aún permanecen inéditos. Se sabe de una novela llamada *Lázaro*, la cual finalizó en 1949; también andan por ahí dos cuentos titulados “Los redentores” y “Los estadistas”, pensados como homenaje a Franz Kafka; una pieza teatral dividida en tres actos, dos cuadros escritos en 1958 con el nombre de *¡Hasta entonces...!*, e innumerables poemas de la más variada índole.

El único material publicado por este autor fue *Perros noctívagos*, editado por Costa-Amic en 1965. Es una colección de once cuentos que tras su aparición mandó al concurso de narrativa de la revista *Casa de las Américas*, con los resultados ya vistos. En la presentación que hizo Horacio Espinosa Altamirano del libro en aquellos años, destacó que Moncada Ivar parte desde un monólogo interior hacia el exterior y va colocando intermitentes señales que nos muestran su tiempo de angustia y miseria. Trae un prodigioso equipaje de sabiduría y vagabundeo, un refinamiento que le permite mirar la realidad sin apresuramiento, con cierto fatalismo. En este autor hay una violenta protesta por el agobio y el sistemático golpe a que ha sido sometida toda una generación que empieza a manifestar su creciente rebeldía; una generación que creció bajo el signo de la desesperanza y el nihilismo y está empezando a devolver los golpes recibidos.

Hoy, a poco más de 25 años de su publicación, en el ámbito de la realidad mostrada por Moncada Ivar en este volumen, la palabra continúa fuerte en su carga de significados. La densa inclinación al tema de la muerte se extiende sobre los textos como un presagio incontrolado que, al expandirse, crea imágenes y deja claves aún codificables, como las de la postura del solitario existencial en donde la miseria es la única dimensión genérica del hombre que desemboca en una

literatura desolada, la cual se apuntala con un supremo escepticismo. Fascinado por la idea del suicidio, los textos reunidos aquí hacen referencia constante a ella. Los relatos de *Perros noctívagos* son casi todos de estilo autobiográfico, en los que se intuye al suicida diferido como en “San Suicidio Mártir”, “La Mentirosa” o “El Bar ‘L’Scala”.

Por otro lado, el carácter narrativo de este autor imprimió al libro una desnudez estilística muy poco frecuentada por los escritores mexicanos de la época y que habla de sincronía con la modernidad extrafronteras. Rescata, asimismo, el uso del lenguaje coloquial, con todo lo duro y crudo que puede resultar lo popular, y se libera con una rabiosa ironía de cualquier sacralismo temático, incluyendo el de naturaleza religiosa como en la trilogía “Una rata de iglesia”, “Aleluya” y “El camaleón”.

Por todo ello es consecuente suponer que la vida en este libro haya quemado las manos de críticos fosilizados en su aparición, condenándolo a la marginalidad. El realismo de esta escritura no es de amables fábulas que la falsearan piadosamente, ni ocultamientos pudorosos de lo escatológico. En la literatura de Moncada Ivar no hay un nacimiento pacífico de la segunda mitad del siglo xx; hay un cataclismo que va creciendo como hongo mortal; hay personajes que se comportan como verdaderos seres humanos, como víctimas sociales, con sus complejidades, sus absurdos y violencia, como es la vida misma, esa que nos compete a todos. Este escritor no exaltó la fealdad; la reconoció, la rescató y con talento le dio categoría estética. Los *Perros noctívagos* tienen algo de inquietante, una atmósfera de drama al husmear los olores que circulan en su ámbito como miedos derramados, olores de sentimientos excavados de la carne. Personajes que hoy como ayer siguen siendo marginales como el propio realismo. ■